

El profesional reciclado

Adolfo estaba orgulloso de su trabajo, y, porque no decirlo, de su vida. Como en el tango, las nieves del tiempo plateaban su sien y le denunciaban ante el espejo su edad. Pero no le importaba, había sabido envejecer. No se comportaba como alguno de sus amigos, intentando tener unos años que ya no tenía y convirtiéndose en una caricatura de sí mismo.

Al buscar el aftershave esa fría mañana de marzo, sus ojos tropezaron con la pequeña foto enmarcada que, cotidianamente, desde hacía años, le saludaba en sus amaneceres. Eran él y su mujer, pero con unos cuantos lustros menos.

Esa mirada afilada del tipo de la foto era la misma que la del tipo con dientes de conejo que le sonreía desde el espejo, aunque no estaba orlada de las mismas arrugas y flacideces en la piel. Cerró por un instante los ojos y recordó.

Se vio estudiando la carrera. Mucho esfuerzo, pero también muchos momentos felices. En las aulas de la facultad de económicas conoció a Pepita, se hicieron novios...

Y se encontraron sin saber qué hacer al acabar la carrera. Pepita empezó a trabajar como administrativa en una pequeña empresa, y él iba renqueando de empresa en empresa. No le iba mal del todo, durante la carrera aprendió por su cuenta a manejar microordenadores, lo que había en la época, Ataris y Commodores, y hacía sus pinitos. Con pequeñas aplicaciones era más sencillo llevar las gestiones de los despachos y revisar las contabilidades.

Un día, sentado en el sillón de su casa, interrumpió la lectura de la novela que tenía entre sus manos y se detuvo a pensar. Durante los dos últimos años, las empresas donde había trabajado, lo habían buscado por sus "manos" con la informática, y, una vez solucionadas sus papeletas, le habían puesto de patitas en la calle. ¿Y si se convertía en su propio jefe y vendía esas aplicaciones?.

Adolfo maduró la idea durante semanas. Acudió a la biblioteca, volvió a estudiar por su cuenta, se compró un ordenador más grande, un Commodore Amiga y, finalmente, se lanzó. Se sacó una licencia como autónomo y empezó a patearse las calles buscando clientes. Empresas que necesitaran, aunque no lo supieran, de ayuda informática. Algo arriesgado, eran momentos en que un ordenador era un aparato más desconocido para la mayor parte de la gente que el jamón en Arabia Saudí.

Estudió y estudió. Descubrió una academia donde daban cursos nocturnos y se apuntó. Poco a poco se convirtió en una referencia. Nadie podía toserle en el sector. Sus parroquianos lo consideraban un profesional excelente y gracias a ellos, a sus recomendaciones, cada vez tenía más y mayores clientes. Su mujer empezó a trabajar con él, llevándole la gestión, y se atrevió a contratar a un par de chavales para que le ayudaran.

Y llegan los años 80. Años movidos, España cambia, todo cambia. Aparece en la universidad la carrera de informática y él se dice a sí mismo que no puede llamarse profesional de la materia si no tiene el título oficial. Hace la carrera corta, y obtiene el título de Diplomado en

Informática. Cuando cambian los planes se anima y, aunque su cartera de clientes ya es más que importante, vuelve a las aulas y se convierte en un Ingeniero Informático.

Se da cuenta de que, quizá por la madurez, o por sus mejores y mayores conocimientos específicos, o tal vez por la suma de todos los factores, cada vez es más ordenado en su trabajo. Dispone ya de casi un ejército de trabajadores: especialistas en bases de datos, en redes locales, en software empresarial, en hardware, en redes sociales... es casi un pequeño imperio. Su mujer, hace ya años que dejó la empresa para dedicarse a eso que eufemísticamente llaman "sus labores". Lo cierto es que ella sólo trabajaba por el vil metal, lejos de todo "afán de superación", y ya que se lo podía permitir, decidió quedarse en casa a supervisar el trabajo del servicio doméstico y los estudios de sus hijos.

Y cuando el pequeño de éstos, siguiendo los pasos de su padre, se matriculó en informática, éste descubrió que era eso de Bolonia. En la charla que siguió a una cena, empezó a madurar ideas, a lanzarlas en voz alta, ante su mujer y sus hijos. Tiene clientes transnacionales, con empresas en España, y sucursales en Italia, Francia, Alemania y EE.UU., a las que atiende, permitiéndole olvidarse de ese marasmo en el que se ha convertido la economía española. La crisis no va con él, incluso gana más que antes... quizá debería a animarse a volver a las aulas, aunque ya estuviera cerca su jubilación.

Qué demonios, se dijo. Hace tiempo que se que estudio para mi, para mi propio disfrute, no por el dinero. Ya no necesito saber para ganar pasta, eso lo hace mi empresa casi sin mi ayuda. Pero yo sí necesito saber, para sentirme mejor. Me matricularé el próximo curso.

Acababa de tomar una decisión importante. Una más en su vida. Aunque no sabía aun si su hijo pequeño encajaría la idea de tener a su padre como compañero. Se sentó en su sillón de lectura y con el mando a distancia accionó el equipo de música. Johnny Cash, con esa voz suya capaz de condenar a los pecadores, cantaba mientras Adolfo se quedaba dormido.

*It's not time to make a change,
Just relax, take it easy.
You're still young, that's your fault,
There's so much you have to know.
Find a girl, settle down,
If you want you can marry.
Look at me, I am old, but I'm happy.*

*I was once like you are now
And I know that it's not easy,
To be calm when you've found
Something going on.
But take your time, think a lot,
Why, think of everything you've got.
For you will still be here tomorrow
But your dreams may not.*